
II

Una anécdota.—Los **de** Guardia; ¡el tío!—Caída de Bustamante.
—Mi situación.—**Dicho** de Almonte.—D. Francisco M. Tagle.—
Recuerdos.—Baile **por** el triunfo de Valencia.—Dejo el *Diario* y
quedo en las **cuatro** esquinas.—El Ateneo.—Plaza del Volador.
—La Kalenda.—**Fernandete** Ruelas.—D. Basilio Guerra.—Ané-
dota de B.—El **Curioso** parlante.—Recuerdos.—D. Benedetto.—
Descripción de la **ciudad**.—El Siglo XIX.—Cumplido.—Pedraza.
—Cardoso.—Luis **de** la Rosa.—Agustín Franco.—Payno.—Ca-
rrasquedo.—Iglesias.—Morales.—Gallo Pitagórico.—Visitador de
tabacos.—D. Marcos Esparza.—Rasgos biográficos.—D. Bibiano
Beltrán.—Rasgos **biográficos**.—Viaje á Zacatecas.—Llegada á
Zacatecas, primeras impresiones.—Barrio del rebote.—Fandan-
go de mineros.—**Tertulia** típica.—Casa de Beltrán.—Arostegui.
—D. Bonifacio **Gutiérrez**.—D. Manuel González, minero.—El Lic.
Rivero.—D. Manuel **Cosío**.—Luis Solano.—D. José Bolado.—
Leyenda de desc**ub**rimiento de minerales.—Teodosio Lares.—
Fernando Calderón.—Rasgos biográficos.—Anécdota del beate-
rio.—Visitas de **tabacos**.—El Fresnillo.—Descripción.—Anécdota
de la zapatera.—**Periódico** de Vicente Hoyos.—Viaje á Jerez.—
Hacienda de **Viboras**.—El Sr. Cosío, Administrador de tabacos.
Sierra de las **Palomas**.—Vuelta á Zacatecas.—El Siglo XIX.—
Arrendamiento **de** Casas de Moneda.—Mis censuras.—Acto del

Instituto.—Vuelta á México.—D. Ignacio Cumplido.—Recuerdo de un viaje á Zacatecas.—Redacción del Siglo.—Costumbres de sus redactores.—Pedraza.—Otero.—Payno.—Mi pieza de escribir.—Consideraciones del periodista novel.—Rasgos biográficos de Pedraza.—Riva Palacio.—Cosas del Sr. Pedraza.

La tarde que se firmaban los convenios de la Estanzuela, en una llanura contigua á la hacienda de Aragón, cercana á Guadalupe, el Sr. Bustamante salió á paseo.

Para todos, y más para la guardia, conservaba aún el carácter de Presidente de la República. Al salir el General el centinela de la puerta gritó: ¡los de guardia, S. E. el Presidente de la República! formándose los soldados tocando marcha y presentándole las armas.

Entre tanto se esparció la noticia de los convenios, se supo que Santa-Anna estaba en Palacio, y que todo había cambiado.

Al volver de su paseo el Sr. Bustamante, el centinela, que sabía lo ocurrido, no sabía qué hacer, y al descubrirlo, con el acento más desmayado y desabrido murmuró: «Los de guardia, el tío.»

Sonrió el Sr. Bustamante y dijo al oficial: mande Ud. á mi sobrino al calabozo.

Las cosas se precipitaron. En la habitación desierta del Sr. Bustamante se podía escuchar el parpadeo de un gato, y por fin determinó su viaje para el interior, después de publicar una proclama en que decía: «que la mano del tiempo pondría en su verdadero punto de

vista á los hombres y á las cosas,» y que fué redactada por mí.

Después de golpe tan contundente, quedé, como era de esperarse, mal ferido é peor parado, expiando con odios y desprecios mi imprevista elevación y restituyéndome la suerte á mi pobreza incorregible.

Como al despertar de un sueño recordaba los sucesos pasados, esparcidos en mi memoria á la manera de mosaico precioso hecho pedazos y que deja adornar en sus fragmentos el edificio ó paisaje que se representaba.

Concentrándome presenciaba el desfile de los personajes con quienes había hecho conocimiento, y veía la faz barbilampiña y la boca hundida de D. Juan de Dios Cañedo, inagotable en chistes, viendo que se producía espontáneo el vacío en su bolsillo, pulcro, enamorado y de gran valor civil.

Pasaba D. Luis Cuevas argumentador sutil, modesto y encogido, descubriendo al teólogo entre el político previsor.

A Echeverría, huesoso, serio, magnánimo á pesar de la rigidez del guarismo y del prestigio del tomín.

A Almonte, fino, sagaz, seductor, de maneras correctísimas en el vestir y en el hablar, amante fogosísimo del sexo bello bajo, sin máscara glacial y de ambición profundísima é imperceptible hasta para los que se trataban más íntimamente, como el Lic. Lazo Estrada y D. Juan N. Peredo, cónsul de Venezuela.

Recitándole un día no se con qué motivo cierto epigrama que dice, con alguna variación:

«Aquí yace un general
Que al acabar la jornada,
O César ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada.»

Ese soy yo, me interrumpió con intempestiva exaltación Almonte, y no lo olvide Ud. jamás señor compadre.

Con motivo de mis recados á los miembros del poder conservador, conocí y hablé varias veces con el Sr. D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, político influente, orador celebradísimo, y en aquella época tenido como príncipe de nuestros poetas, causa por la cual le admiraba, le enaltecía y profesaba fanática admiración.

Era Tagle de mediana estatura, de cabeza byrónica, nariz curva, boca récogida y graciosa, y un mirar lleno de dulzura y penetración.

Sordo como tapia, hablaba quedo y le mortificaba que le gritasen. Educado en los usos y hábitos de la Colonia, su afecto y sus tendencias eran por todo lo español, aunque al hacerse la Independencia consagró cantos llenos de robustez y entusiasmo por los héroes de nuestra patria. Su voz campanuda y grave medía bien los versos, y en sus discursos tomaba todos los tonos de una elocuencia seductorá. Amaba el campo, era tiernísimo con su familia, y su trato íntimo tenía mil encantos para cuantos le trataban.

Después del desfile que acabo de bosquejar, se me aparecía la ciudad presa del terror por los sucesos de Julio; las puertas cerrándose con estrépito, los caba-

llos de los dragones corriendo por las calles desiertas, las familias huyendo con trastos y muebles por las garritas, y los cadáveres de transeuntes que no tenían modo de escapar de la barbarie de los que los mataban para hacerlos felices.

A la luz risueña de recuerdos agradables reproducía mi imaginación el gran baile dado al Sr. General Bustamante en celebridad del triunfo obtenido por las fuerzas del Gobierno al mando del General Valencia, contra el pronunciamiento de la Ciudadela.

Salón magnífico profundamente iluminado por candeleros y candelabros con bujías de esperma, cortinajes riquísimos y ausencia de flores naturales, de ramos y heno que son tan vistosos y que tanto se usan en el día.

Mecíanse y atravesaban deslumbradoras de belleza á impulso de los compaces de las danzas y contradanzas, walses, galopas y paso doble, las deidades de la época, con sus trajes de seda y encaje, guante de brazo y corpiño alto á la inglesa, con descote exagerado. Entre esas beldades sobresalían, Cubas y Escandonos, Echeverrías y Villanuevas, Decós, Boseros, Pepita Leña, Luz Zozaya y otras, descollando sus cuellos de armiño y alabastro, engarzados en diamantes, perlas y rubíes; así como sus tocados de tirabuzones tembladores sobre los que oscilaban riquísimas plumas.

Como el lujo y la oficial alegría del baile formaban contraste con las circunstancias en que se encontraba la nación, tuvo motivo Rodríguez Galván para su lindísi-

ma composición «Bailar! bailar!», en que había estrofas como esta: *

El buen gusto comenzaba á manifestarse en muebles y trajes, servicios de banquetes y útiles usuales en el interior de las casas: contribuían á ese perfeccionamiento, además del contacto con el extranjero y una que otra publicación de modas, las reformas introducidas en el teatro y sobre todo en la ópera, en que figuraban con aplauso la Pellegrini, Sirletti, Valle, Galli y otros, que se presentaban en la escena con mucha corrección y propiedad.

Repito, que aquellos cuadros se desvanecían como grupos de fantásticas nubes, y yo percibía negro mi futuro y sin que me guiara en mi camino ni pariente alguno, ni voz caritativa, ni afecto poderoso, ni nada que me detuviera en la pendiente rápida de la pobreza y el desamparo.

Cierto es que los padres de mi señora tenían cuantiosos intereses; pero yo rehusé con decisión ese arribo, porque me hacen irresistible mal efecto los parásitos del amor.

Como mi resolución de dejar el *Diario Oficial* la explicité claramente, manifestando mi odio á la dictadura y á los procederes de Santa-Anna, no hice aprecio de un despacho para Administrador de rentas de Pachuca, que podría haber sido asidero de mis esperanzas.

Tres sucesos se fijaron en mi imaginación, con tal exactitud y tales detalles, que parece que estoy asis-

* Falta en el original.

tiendo á ellos. Fué el primero, la instalación del Ateneo, plantel promovido por el Ministro español, en que se reunieron personas de todos los partidos, y en aquel terreno neutro, la admiración del arte y el culto al talento, ahuyentaban odios y prevenciones, y dulcificaban las pasiones políticas; Alamán era de los más activos socios de aquel plantel y más de una vez dió á conocer su vasta erudición, su posesión sabia del idioma español que hablaba y escribía con pureza, y sus opiniones en materia de letras ajustada á las leyes del más severo clasicismo.

La Plaza del Volador, situada á orillas de la calle Real ó Flamencos, en el grande espacio que dejan el costado Sur de Palacio, la Universidad y Portaceli, era un cuadrado de cajones ó jacales de tabla y tejamanil ennegrecido por las lluvias y los años, sucio, cenagoso y en el interior, de callejuelas estrechas y de difícil tránsito.

Del lado de Flamencos, llamaban la atención las celosías ó cortinillas encarnadas de los barberos, instalados con todos los adminículos del arte: es decir, la olla de sanguijuelas á la puerta, la piedra de amolar y el gallo á su pie; la guitarra con su moño de listón, colgada ó en ejercicio; á la vista el escalfador, el yelmo de mambrino, los frascos y el cepecillo que se ponía, al concluirse la raspa, en manos del marchante para que depositase sobre él la propina.

En la esquina del Volador que ve á la Plaza de Armas, había un rumboso estanquillo, con unos soldados

de infantería colosales, pintados en las puertas, considerados cosa dignos de honrar el arte de Apeles.

La plaza en su parte interior, y á pesar de marcarse de trecho en trecho, con los jacales, divisiones y subdivisiones regulares, presentaba sistemático desorden, abandonándose la venta de verduras, frutas, patos, mestlapiques, huevos, gallinas, quesos, etc., al sexo bello, y sirviendo carnicerías y tiendas el sexo poderoso.

A la espalda de las barberías y tiendas de la parte exterior, había cajones en que se vendía jaricia, sombreros de petate y trastos de loza, barro y cristal ordinario, como quien dice, mercancías de uso más generalizado entre gente que rayaba con la gente pulera.

Algunos puestos de fruta poseían mostradores ó canastos en que se exponían los artículos de venta, y éstos aparecían con la verdulera ancha de cuadriles, bullebulle y verbosa, con la camisa descotada, el cuello y el pecho, casadera, pareciendo entre gargantillas de corales, relicarios, escapularios y medallas, el refajo en desván y las manos llenas de anillos, listas para el despacho y para soltarle una cachetada al pinto de la paloma.

Pero ésta era la parte escogida y aristocrática del mercado; el común de traficantes hacían su negocio á raíz del suelo, rodando frecuentemente, á la vez, manzanas, lechugas y rábanos.

Pero cuando llovía, la estrechez de las callejuelas, la multitud de transeuntes y la propensión de la gente de bronce á las apreturas, codazos, empujones y manoteos, hacían que se traficase en el fango, entre cás-

caras y plumas, despojos de aves y toda especie de desechos. La suciedad y pestilencia eran más notables en los puestos de frutas, mestlapiques, ranas, **ajolotes**, etcétera, y montalayos, tripa gorda, pancita, **carnitas** y otras carnes indecentes y medio podridas.

En medio de aquellos remolinos de cabezas, **canastos**, muchachos y canes, flotaban los vendedores de pasteles y empanadas, **chuchulucos** y quesadillas, indios vendedores de fajas y monteras, manta de **Texcoco**, listones, medallas y voceadores de papeles, sin faltar el recaudador tiránico del impuesto, ni el **logrero** que cobraba veinticinco por ciento semanario, con **abonos** diarios, ni el lego glotón y chancista que cautivaba corazones y asgaba al descuido cristianas beldades, con el auxilio de la Purísima Concepción ó de las **benditas** almas del Purgatorio.

Ese cuadro se iba á desvanecer, ó por lo menos á modificarse notablemente.

Aquel lugar que presenció espantado el auto de fe de la época del Obispo Rueda, con la media naranja y la cruz verde; el mismo que retiraba sus jacales con ruedas para algunas corridas de toros ejecutadas para agasajar á los Virreyes, iba á desaparecer para substituirlo con un gran cuadrado de calicanto, según el plano presentado por el empresario Oropeza y aprobado por el General Santa-Anna, quien colocó la primera piedra y en cuyo honor se erigió una placa que se colocó en una columna en medio de la nueva plaza y que derribó el pueblo el famoso 6 de Diciembre.

La *Kalenda* era una serie de composiciones religiosas, análogas al Nacimiento del Divino Salvador y organizada por D. Basilio Guerrá, de cierta significación aristocrática, pero caserita.

Procuraba reunir el Sr. Guerra para la solemnidad, verdaderas notabilidades musicales y tal circunstancia, los ensayos y preliminares de la fiesta, producían reuniones, en que se adunaba deliciosamente lo temporal y lo eterno.

Entre las artistas de más nota, recordamos á Fernandita Ruelas, esposa de Rodríguez de San Miguel, pianista muy notable; á Chucha Cosío, gallarda y sentimental; á Antonio Balderas, bajo profundo que sacrificó su brillante carrera de médico á su pasión por la música; á Escalante, tenor dulcísimo que aun vive; á Palacios y á Camilo Bros, que abandonaba la carrera forense en que se había hecho muy distinguido y entraba á estudiar medicina, bebiendo los aires por la ópera, los conciertos y las reuniones filarmónicas.

Yo no traté ni pude conocer á fondo á Don Basilio Guerra; pero entre las personas imparciales gozaba la reputación de complaciente, cortesano, flexible y servicial con las damas y de buena conducta y maneras.

Perito en comidas y saraos, fanático como una beata, sin educación y retrógrado como un alguacil de la Inquisición, se hizo eco y propagandista de las ideas de Gutiérrez Estrada, publicadas por aquellos días, se sintió paladín ferviente de Dios y del rey, y se conquistó el cariño de gachupines intransigentes, frailes y

potentados de la Iglesia, ricos inflexibles y viejas y jóvenes conservadas desde el tiempo virreinal en los invernaderos de las sacristías.

En el fondo, la facha importante, el hablar campanudo, sus relaciones con varias personas distinguidas de Europa y, sobre todo, su chirumen de estrechísima cabida y sin luz propia, hicieron de Don Basilio, con el curso de los años, agente poderoso y activísimo de la monarquía.

A este propósito, y después de muchos años, mi amigo B., que fué expresamente mirado en aquellos tiempos por el partido conservador para entenderse con Hidalgo, Almonte y Don Basilio acerca de la elección del monarca, me contaba que después de agotar mil medios, y de que se frustraron las que parecían combinaciones más felices, se dirigió al Sr. Guerra, á exponerle la situación y el desamparo en que había quedado la causa.

Don Basilio oponía mil quimeras á los razonamientos de mi amigo, y urgido y acorralado parecía no encontrar salida; pero de pronto con aire triunfal y entonación de exaltado tribuno, le tomó de la mano, y poniéndole frente á un Santo Cristo, le dijo: . . .

—Vea Ud. á nuestro Caudillo; vea Ud. á quien tengo encomendados nuestros planes y la consolación de nuestro Rey, y dígame si le es lícito vacilar del éxito de nuestra empresa. . . . Ya verán los lectores que un hombre que discurre así, se pinta solo.

Como decía de mi caída y penalidades, aunque yo

no desconocí ni por un instante á mi gente de cierto pelo, ni á mis valedores é inclinaciones callejeras; el porrazo que me tenía desquebrajado en tierra, me hizo abrir tanto ojo, renovando mi apego y cariño á la gente de mi pelaje, á mis poetas queridos, entre los que contaba al insigne Ramírez, Lácunza, Calderón, Alcaraz, Collado, Navarro y otros; y á mis bienhechores constantes Quintana Roo y Cardoso; mis maestros Olaguibel, Don Francisco Modesto, Carpio y Pesado.

Por aquellos tiempos llegaron á México, coleccionados, algunos artículos de «El Curioso Parlante,» comenzados á publicar en 1836.

Yo, sin antecedente alguno, publicaba con el seudónimo de Don Benedetto, mis primeros cuadros, y al ver que Mesonero quería escribir un Madrid antiguo y moderno, yo quise hacer lo mismo, alentado en mi empresa por Ramírez, mi inseparable compañero.

Emprendía mis paseos de estudio, tomando un rumbo, y fijando en mi memoria sus circunstancias más características.

Por el Oriente, en la calle de la Alegría, puede decirse que acababa la ciudad; que ya se escondía por la calle de las Moscas, ya en un recoveco de la pestilente acequia, que es como barrera del templo de la Soledad. A los alrededores del Santuario, como culebras y alimañas, se enroscaban callejones, se retorcián verricuetos, y saltaban aquí y acullá gazapos arquitectónicos y jacales despavoridos de indígenas infelices.

Casas bajas, accesorias con envigados trancos y ca-

si nadando; paredes llenas de tizne. En un rincón el brasero ó el *llecuil*; en el otro, unos sucios petates y, al frente, ya el banco del zapatero, ya el rollo de tule, ya los arrees para entular y pintar sillas, ya un enclenque y angosto banco de carpintero.

A la espalda del templo, cuyas paredes forman ancones y escondites peligrosos, depósitos de inmundicias y manantiales de tifo y calenturas, se extendía la plazuela con las vecindades de Mixcalco, de lúgubre memoria; en último término, el «Juil,» pulquería famosa por sus juegos y riñas.

Al Sur, muladares y ruinas; al Norte, marañas de encrucijadas, que no calles, donde anidaban muñequeros de barro, candelilleros ó trabajadores en vidrio sutilísimo, y confeccionadores de charamuscas, jalea de membrillo y palanqueta de nuez ó jamoncillo de pepita.

Por este lado se veían acequias, lavaderos y lavadores desnudos, bajo los tendedores de sus ropas y los árboles, y al fin, jacales y la iglesita de la Resurrección que se animaba y atraía ruidosa concurrencia con las famosas misas de Aguinaldo ó sean fandangos á lo divino.

Al Norte, cerraban la regularidad de las calles: San Sebastián, el Puente de Cantaritos y salida á la plazuela del Carmen, lóbrega y con su cercado de ruinas.

Plazuelas y llanuras al Noroeste con costras de tequezquite, aridez suma, y en el confín, lagos y montañas.

Después de extraviarse en callejones sin salida, sin alumbrado, ni empedrado, ni banquetas, se encontraba uno, repentinamente, en una especie de aduar de jacales, dominado por la iglesia de Tepito, que como que se felicitaba dominando alegre una comarca que recordaba los tiempos más primitivos de la conquista.

Esta sección medio deseneuadernada y esparcida en un terreno sin ordenación ni medida, daba paso á la vista de las montañas del Tepeyac y del Santuario de la Virgen madre de los mexicanos.

La arteria vigorosa de esa parte de la ciudad, era la calle Real de Santa Ana, sembrada de parajes y mesones, comercios de jarca y semillas, bodegones y puestos de frutas y verduras, y arriería afanosa de caleros, ladrilleros, areneros, burros y mulas.

La Calle Real de Santa Ana dividía el barrio de Tepito del de el Tecpan de Santiago Tlatelolco y Garita de Vallejo, á cuya vecindad cultivaba sus escándalos la pulquería de tío Juan Aguirre, famosa por sus caldos escogidos y sus enchiladas, envueltos y chalupas. Toda esa parte eran muladares y zanjas, árboles y des poblado, marcándose lugares peligrosos como el Puente del Clérigo, espalda de la Parroquia y la Lagunilla, que había quedado asolada y en ruina desde el cólera de 1833.

Interrumpo mis excursiones con un incidente que mucho contribuye á darle cierto colorido particular á mis estudios sociales.

En la amplísima y descuidada calle de la Verónica.

existía y aun existe la iniciativa ó ruina de un espacioso convento, á cuyo embrión ó esqueleto, principio ó fin, bien podría aplicársele, aquello de:

Oh tú, que mueres sin haber nacido
Tu ser equivocando con la nada.

Portería y claustros, celdas y dormitorios, estanques y lavaderos, podían señalarse, así como el vasto templo, sacristía, casa del capellán y servidumbre.

Pero todo esto, por aquí en cimientos, por allá sin concluir, por acullá convertido en cuartos ó viviendas con tabiques y tablas, lienzos y tejamaniles, tenía aspecto rarísimo al que daba sombras y matices la población más heterogénea del mundo.

El claro de techo que daba sol al corredor, la escalera á que se ascendía y descendía por tramoya, el tugurio que se exploraba á gatas, se prestaba á apariciones y desapariciones inesperadas poniendo en acción lo cómico, lo trágico y todo *género de literatura*.

El observador curioso podía ver en una rápida ojeada, la más perfecta infracción de los preceptos del decálogo, así como el triunfo más completo de los siete pecados capitales.

Mientras un grupo de chicos gritones y haraposos jugaban al piso, á la polla con huesos de chavacano, un resignado padre de familia veía salir á su esposa horonda y compuesta á la calle y él quedaba con el nene en brazos pendiente del quehacer doméstico.

Si por un lado un terceto de estudiantes arriesgados

bromeaba con las lavanderas, por el otro se organizaba un triduo ó se hacía colecta de pesos hasta completar un fondo para sacar una alma del Purgatorio.

Por aquí se escurre embozado hasta las cejas un personaje que viene á la casa chica, donde hay un niño que parece que le cortaron la cabeza al autor.

Por aquí un pistón ataranta la vecindad ensayando las cuadrillas del Eco; á dos pasos, infatigables guitarras respuntean el lindo wals de la Rosita. Ya es una sotana colgada de un clavo, escudo del hogar casi eclesiástico, ya la gorra de un asistente da respetabilidad á un cuartucho que encierra tesoros para el dios Marte. De un cuarto salen los sabrosos alfajores que confecciona una señora que fué de muchos posibles, y del otro una canasta con zapatos de orillo que se venden como pan. Chicas desmelenadas y con desguise juegan al porrazo ó al entripado desde que Dios amanece, y tahures que pernoctaron en la timbirimba, vuelven sin blanca á reñir con sus consortes; por allí publica su pila un párvulo con gritos y berrinches, y por otro lado una corista de corta fortuna se desgañita derrengando un coro de Rosini ó Bellini.

El patio es amplio, le adornan multiplicados tendedores en que cuelgan camisas abiertas de brazos, pantalones danzantes, enaguas extendidas y medias que se escurren.

En la puerta se ve un anciano venerable de papujados ojos, cano, frentón y como hundida la fisonomía en vellones de pelo, por barba, cuello y pecho que descu-

bre la camisa desabrochada. A su frente está el banco de zapatero con la herramienta y el cabito de sebo, el gato rumiante á uno de sus lados y del otro el jarro enorme de pulque, complemento de los útiles de su trabajo.

Yendo y viniendo días, en una noche infausta en que alcoholes ó celos, trabacuentas ó piques de vecinas, había subido la temperatura, ó como se decía en el caló de la casa: la mostaza á las narices por un «me dijo» y «le dije», por un «quítame esas pajas» se arma la gorda, álzanse los gritos, llueven los palos; cachetadas y trompadas aboynan ojos y narices, eructan mechones de cabellos arrancados á los enfurecidos propietarios, ladran los perros, acuden los serenos con sus farolillos, sus pitos y sus chuzos, y en lo más encarnizado de la descomunal batalla, un hombre grita: ¡soy muerto! Entonces dominando el tumulto salió del cuarto del portero una voz tronante que decía: ¡Paso. . . . paso á un sacerdote! Era el propio portero que, con un hábito de mercedario, se presentaba en escena confesando al herido, absolviéndolo y dejando estupefacta á la concurrencia.

Hiciéronse las averiguaciones judiciales y se descubrió una interesante novela; pero en que la mujer ó mujeres perdidas resultaban parientas de próceres conocidos; los galanes perdularios, hijos bastardos de sacerdotes que pasaban por ejemplares; el fraile apóstata, portero, una antigua lumbrera de la Iglesia y su prole relacionada por trasmano con mi parentela y la de Ra-